

# **La otra madre**

Tina Åmodt

Traducido del noruego por  
Ana Flecha Marco

La noche antes de que se fueran, me desperté con la sensación de que no había vuelta atrás. Tengo que contárselo, pensé, estaba convencida de que Helene me lo notaría. Como si en el transcurso de la noche un perro al que yo hubiera acariciado sin permiso me hubiera desfigurado la cara, o como si me hubiera despertado con el pelo completamente blanco. Pero el día llegó y Helene no notó nada. Henry y yo llevábamos una hora escasa despiertos cuando bajó recién duchada y oliendo a rosas, se sirvió un café y me rozó la cadera al coger un vaso del armario que está encima del fregadero, sin pararse a preguntarme por qué estaba tan rara ni apoyarme la mano en el pecho y decirme: qué rápido te late el corazón.

Sacó a Henry de la trona y se lo sentó en el regazo, preguntó qué tal.

—No lo he oído. ¿Habéis dormido bien? —dijo mientras Henry, como de costumbre, le tiraba de la camisa, loco por un poco de leche, por fin.

—Más o menos —contesté.

Estaba temblando, pero podía ser por cualquier cosa. Me llevo sintiendo así casi todas las mañanas de este año tan

largo de destetes nocturnos, rabietas y todo lo que hemos sufrido para volver a tomar las riendas de nuestra vida.

—Tenemos que despertar a Olav —dijo Helene.

Yo asentí, y sonreí para que no se diera cuenta de que estaba enfadada; ¿acaso no lo notaba?

En la habitación de Olav, que estaba casi del todo a oscuras, hacía calor. Fue mi suegra quien nos hizo comprar cortinas opacas. Me gusta tenerlas corridas para tapar las vistas de los bloques que hay frente a nuestra urbanización, hacia la línea de metro, que separa las casas caras de la ciudad satélite de las baratas, como una barrera mal camuflada.

—Buenos días —dije con dulzura.

Nada raro en mi voz. Olav no contestó. Nada raro en ello tampoco. Pasé por encima del colchón tirado en el suelo que nos mantiene separadas a Helene y a mí por la noche. Nos turnamos para dormir allí cada dos noches. Mientras una duerme con Henry en nuestro dormitorio, en lo que se conoce como una cama de matrimonio, la otra busca cobijo en el colchón del cuarto del hermano mayor y duerme con unos tapones bien incrustados en los oídos. Separación nocturna. El mejor momento del día.

Me puse en cuclillas junto a la cama cubierta de pegatinas. Olav estaba tumbado bocabajo con unos pantalones de Lego Ninjago y el edredón al lado. Apoyé la mano en su espalda desnuda, entre sus frágiles omóplatos.

—¿Estás despierto, mi amor? —pregunté—. Hoy te vas a casa de los abuelos.

Se revolvió un poco, murmuró algo, pero se quedó tumbado con los ojos cerrados. Le acaricié el pelo, los rizos largos

y rubios que para nuestra sorpresa le habían salido y de los que nunca me canso. Bajo la almohada asomaba algo brillante, era una figurita de un animal que le había dado una niña mayor en la guardería hacía mucho y que había vuelto a encontrar, una porquería de color rosa cubierta de lentejuelas. Ay, mi niño. Quería quedarme allí sentada. Mirarlo en la oscuridad cálida y tranquila, solo nosotros dos.

Nosotros, nosotros, nosotros. Nadie más.

Cuando me di cuenta de que estaba llorando, me incorporé, me llevé las manos a la cara y me froté tres veces el dorso contra las mejillas, un ritual estúpido pero útil que llevo haciendo desde siempre, que yo recuerde. Tenía que concentrarme. Dejar de pensar en eso, ser cariñosa, comportarme con normalidad, decir las cosas que solía decir. Si lo conseguía, pensé, tal vez aún hubiera esperanza. Tal vez pudiera encontrar el camino de vuelta, como en los cuentos de hadas alemanes: un rastro de guijarros blancos se iluminaría ante mis ojos en cuanto la luz de la luna inundara el bosque.

Espero a que el cielo nocturno dé paso a la mañana. Hace un día que se fueron. Estoy frente al lavabo del baño y observo a la que se encuentra en el interior del marco del espejo. Su pelo corto no es blanco. Debajo de la fina camiseta con la que ha dormido no se ven marcas de dientes clavados hasta el hueso. Tiene un aspecto normal. Mete la barriga. Intenta evitar mirarse los pálidos brazos. Es lunes, vacaciones de verano, estoy sola en casa. No recuerdo la última vez que tuve tanto tiempo para mí y que pude inspeccionarme a mí misma de esta manera. Y esto es solo el principio. Hemos acordado que me uniré a ellos el domingo, el día antes de que lleguen los carpinteros letones —no libran en vacaciones, por eso los elegimos a ellos—, cuando yo haya terminado de prepararlo todo. De recoger y clasificar. Apilar las pesadas cajas en el desván. Vaciar los cajones de la cocina. Van a desmontar la cocina entera y a poner una nueva. Levantar el suelo y las molduras. Pintar y nivelar las paredes de lo que va a ser la habitación de los niños y también de la nuestra, si me da tiempo a dejarla preparada. Ajustar el presupuesto. Hacer un trabajo decente. Eliminar casi todas las huellas de que vivimos aquí para que la casa se transforme

en un lugar del que no queramos marcharnos. Un lugar que no queramos abandonar sin una muy buena razón.

Es mucho trabajo, pero calculamos bien el tiempo cuando compramos los billetes en primavera. Fue Helene quien quiso que yo fuera el domingo en lugar del viernes, «así podrás hacer algo agradable cuando termines», me dijo, «quedar con tus amigos o dar una vuelta por el centro o lo que quieras». Comprendí que era el mayor regalo que podía hacerme, días y noches extra para mí sola. Liberarme aún más de la maternidad física. Permitirme durante unos días no tener que actuar como esposa y nuera. Pero no tenía claro cuáles eran sus motivos. Tal vez pensara que le vendría bien un descanso de mi pesimismo. O tal vez albergara la esperanza de que la persona que recogiese en el aeropuerto de Trondheim la recibiera con una mirada amable y optimista, que fuera la misma pero que hubiera cambiado, como Gandalf el Gris cuando vuelve a ser Gandalf el Blanco después de acabar con el Balrog, un demonio casi inmortal.

Siempre ha tenido más fe que yo.

Vimos *El Señor de los Anillos* otra vez en invierno. Me sorprendió que me resultara tan divertida. Cuando aparecieron en la pantalla las primeras imágenes de paisajes del reino de los caballos de Rohan, Helene se puso un cojín en el regazo. Ese tierno gesto me pilló por sorpresa: «¿Quieres tumbarte aquí?».

Me sacudo el sueño con agua fría. Tengo el flequillo oscuro de grasa. Los primeros años de casada casi no me dejaba ver

sin el pintalabios color melocotón y la raya de ojos negra. Creo que intentaba ser elegante. Ya no soy capaz de maquillarme así, de tener el rostro de alguien que cree que la belleza puede asegurarle la felicidad, o al menos una mentalidad constructiva. Mis ojos. Casi parece que tengo una enfermedad ocular. Me trastorna encontrarme siempre con esa mirada lúgubre. Pero en realidad recuerdo que antes me reía tan fuerte que los desconocidos levantaban la vista de la pantalla del móvil en el autobús y se reían tímidamente conmigo. Uno de los auditores que revisa las cuentas anuales se acercó una vez a mi escritorio y me dijo: «Quiero que sepas que siempre me pone de un humor excelente encontrarme contigo».

Ser feliz es como estar embrujada. Nadie puede embrujarme ahora mismo. Puede que las tareas que tengo por delante sean complejas, la casa aún está desbordada, pero tengo un plan de trabajo, la casa no es el problema. La realidad es que no sé cómo deshacerme del nudo que tengo en la garganta. Las oleadas de pinchazos en el estómago, como sacudidas. Reconozco esa sensación de cuando era pequeña y estaba sentada junto a la mesa del comedor o me hacía un ovillo en mi escondite entre la hiedra, al fondo del jardín. ¿Se va a desmoronar todo aquello que me resulta seguro? ¿Me lo está advirtiendo mi cuerpo?

La noche antes de que se fueran, cuando volvía del supermercado con la bolsa llena de yogures y uvas pasas y cuadernos y lápices de colores para el vuelo, Mayliss me dijo por teléfono:

—Tienes que entender que estoy un poco cabreada. Un día estás aquí sentada comiendo tarta y al día siguiente me llamas y me das un sermón sobre las pruebas de ADN.

Luego vinieron las acusaciones. Las afirmaciones dolorosas y desagradables.

—No sé por qué me sorprende. Tampoco es que irradies amor hacia Henry.

—¿De dónde te sacas eso? —le respondí—. Estás muy equivocada.

—Solo repito lo que he oído —me respondió—, solo digo lo que he visto. Mi madre opina lo mismo.

—¿Tu madre? —pregunté.

Ella no respondió. Zanjó resentida la conversación. Yo me quedé junto al garaje, donde Helene y los niños no podían verme:

—Bueno, ya hablaremos. O no, disculpa. Hablamos si a ti te viene bien.

Desde entonces no he vuelto a saber nada de ella.

Llega el domingo. Imagino a Helene en la sala de llegadas del aeropuerto. Los niños no están, esperan en casa de los abuelos, les ahorramos los viajes en coche siempre que podemos. Helene espera junto al quiosco y después junto a la recogida de equipajes. Llama para preguntar dónde me he metido. No hay respuesta. Espera, llama de nuevo. Tal vez suspire en voz alta, desesperada. Consulta los periódicos para comprobar que el avión no se ha estrellado, que todo está en orden en el aeropuerto de Oslo. Los mensajes entran a borbotones en mi móvil, primero molestos, tal vez en clave



de chiste, ¿te has caído por el váter o qué?, luego ansiosos, llenos de confusión. ¿Te has confundido de día? Pero no enfadados, porque la idea de que no he cumplido la promesa aún no se le ha pasado por la mente.

Esto no tendría que haber pasado. No debería haberle dado falsas esperanzas a Olav: debería haber avisado con tiempo.

¿Qué significa con tiempo? ¿Un día antes? ¿Dos?

No es algo sobre lo que merezca la pena especular. No voy a hacer nada parecido. Voy a atenerme al plan. Todo debería proseguir con normalidad. No voy a volver a ver a Mayliss. Me diga lo que me diga le diré que no, que no puede ser, que hemos alargado este asunto durante demasiado tiempo, siento no haber sido clara desde el principio, ya lo sabes. Tiene que respetarlo. Lo respetaré, ¿verdad? Pero no sé dónde están sus límites, si es una persona que pierde las formas cuando se siente atacada.

Creo que he sobrepasado esos límites.

«Esos pensamientos intrusivos», me habría dicho Janne si se lo hubiera contado, «puedes dejarlos pendientes y retomarlos tras las vacaciones, o incluso más tarde, cuando termine la reforma, o más tarde todavía: el verano que viene». Janne comparte con alegría las técnicas que ha aprendido en terapia de pareja: «Piensa en tus pensamientos intrusivos como un sabotaje».

Pero no le he contado nada de esto a Janne. Es igual de confiada que Helene. Ninguna de las dos sabe que Mayliss existe, o bueno, sí, Helene es consciente de que existe una

tal Mayliss con la que he pasado mucho tiempo durante la baja de maternidad, pero no tiene ni idea de quién es. De cómo nos conocimos. Ninguna de las dos ha visto la foto que me mandó Mayliss de su hijo y Henry en el cajón de arena del parque: están en cuclillas, cada uno con su pala, el sol les da en la nuca, en su cuellito fino de niños, parece que tienen las orejas grandes porque tienen muy poquito pelo. Son muy pequeños. No tienen ni idea de lo mucho que se parecen. Me quedé mirando la pantalla del móvil y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Aunque borré la foto, sentí sus efectos durante toda la noche. Había algo casi sexual en la intensidad de mis sentimientos, como si un orgasmo hubiera atravesado un cadáver. Y aun así seguí. Aun así quedé con ellos la semana siguiente.